

DIVORCIO Y JERARQUIA DE VALORES

En la controversia sobre la indisolubilidad del matrimonio se introducen con frecuencia falsos planteos de la cuestión, que acentúan la confusión de las ideas en torno a tan delicado problema. Y esto sucede generalmente por parte de los divorcistas.

En los dos grandes grupos que abogan por el divorcio absoluto, se advierte este deficiente planteamiento del problema que estamos señalando. Efectivamente, el primer grupo —y es la mayoría de los que defienden el divorcio— se apoya en una razón de “sentimentalismo”. La compasión hacia los cónyuges cuya vida matrimonial se hace imposible, cuyo ideal de vida se halla fracasado y cuyo derecho a “rehacer su vida”, a buscar un nuevo amor que llene su corazón herido, inspira frases sentimentales, que mueven fácilmente el alma simplista de las masas. Esta es la razón más extendida entre los que no poseen ninguna ideología determinada, ninguna filosofía de la vida, ninguna idea profunda de la religión. Es claro que este grupo nunca sobrepasa el primer plano, la capa más superficial de nuestra existencia humana.

El segundo grupo de adversarios de la indisolubilidad del matrimonio es mucho más reducido y se puede calificar de “laicista”. Insisten en que debe distinguirse en el matrimonio un doble aspecto: el de contrato y el de vínculo religioso. El matrimonio, en cuanto contrato, no difiere de los demás contratos públicos que entran bajo la jurisdicción del Estado, y, por tanto, compete a éste controlarlo y rescindirlo, cuando ambas partes se ponen de acuerdo o alguna de ellas tiene motivo legal para pedir su anulación. En cambio, el matrimonio en cuanto vínculo religioso, pertenece al fuero de la conciencia, y, en consecuencia, el Estado no interviene en él, sino que lo libra a la decisión de las autoridades de la Iglesia o de la conciencia particular de cada uno.

Pero es evidente que uno y otro grupo se mueven fuera del verdadero problema, del verdadero plano en que debe enfocarse la disolubilidad o indisolubilidad del matrimonio. Este plano es mucho más profundo de aquél a que llegan el sentimentalismo de las masas o el laicismo de una minoría intelectual. Es el plano de la jerarquía de valores, que el hombre ya recibe hechos, y que, tanto el Estado como los individuos, deben respetar si no quieren atentar contra la sociedad misma y contra la misma naturaleza humana. Ahora bien, el matrimonio y el amor son valores naturales que encontramos determinados en la vida, y cuya manera de ser sustancial no se puede cambiar. El matrimonio se presenta como una expresión fundamental y constante de la naturaleza humana, en la cual cristalizan las tendencias más profundas del hombre nacidas de su sexo, de su afecto, de su sensibilidad y de su razón. El hombre, en cuanto individuo, es libre de acceder o no al matrimonio, de asumir o no la obligación de formar una familia. Pero una vez ha resuelto libremente contraer esta obligación, debe tomarla con toda las exigencias que la naturaleza ha puesto en ellas. Y es evidente que el matrimonio implica una estructura propia y estable, una naturaleza que trasciende, en su esencia, la simple voluntad de los individuos o de los legisladores humanos.

He aquí el punto de inserción de la discusión en torno a la indisolubilidad o disolubilidad del matrimonio. Se trata de ver si la indisolubilidad es un valor esencial y constitutivo del matrimonio, o si él está librado a la simple voluntad humana, sea de la autoridad religiosa o civil.

Ciertamente los argumentos del laicismo y del sentimentalismo resbalan sobre el verdadero estado de la cuestión y lo desvían a una problemática que está viciada ya en su raíz. Si adoptamos el punto de vista del sentimentalismo tendremos que aflojar la mayoría de los vínculos morales y no sólo el del matrimonio. Si adoptamos la actitud laicista, tendremos que negar el carácter auténtico —trascendente— del matrimonio, con lo que desvirtuaremos uno de los valores fundamentales de la vida humana: el matrimonio no se puede reducir a un simple contrato, como los demás de la vida civil, sin desnaturalizarlo: es un "contrato especialísimo". Y por cierto que el matrimonio civil, con criterio laicista, ha traído a la sociedad una profunda complicación del problema, lejos de simplificar la situación porque ha chocado frecuentemente con la conciencia de los ciudadanos.

Para los católicos no puede haber ningún equívoco en el planteamiento del problema del divorcio. El catolicismo comienza por fundarse en el valor trascendente y máximo que para el hombre implica la vida, es decir el valor de sus vinculaciones con el Ser Supremo. Por eso, para el católico la actitud laicista es una decapitación del hombre en el más trascendental de sus valores, y, en consecuencia, una actitud fundamentalmente errónea. Pero además del valor trascendental religioso, que para todo católico tiene el matrimonio, se halla la expresa voluntad de Jesucristo al elevarlo a Sacramento y consagrar así su indisolubilidad por un nuevo motivo. Al carácter

trascendental del matrimonio, como valor humano y natural, se agrega así un valor sacramentario y místico.

Pero para todos, católicos y no católicos, debe ser considerado el matrimonio en su íntima naturaleza y en relación con la jerarquía de valores humanos. He aquí el verdadero plano en que el problema de la disolubilidad o indisolubilidad del matrimonio ha de plantearse, si se quiere tratar con lealtad y con integralidad.

No queremos dejar de llamar la atención sobre otro punto que debería también hacer reflexionar a los que, llevados de un ciego sentimentalismo, están proclamando la implantación del divorcio. Es necesario reconocer que en la jerarquía de valores humanos el divorcio, en relación con la indisolubilidad del matrimonio, es un desvalor natural, es decir, implica un descenso y una relajación en la personalidad. Y por cierto que ello acaece en un problema de extraordinario interés para la sociedad. Va en juego la estructura de la familia, sin la cual la sociedad se disuelve. No sólo biológicamente sino lo que es aún peor, espiritualmente. Por eso, no se puede proceder con ligereza en tan grave problema, y mucho menos explotarlo en interés de una propaganda política inconsciente o mal intencionada. Estamos atacando uno de los valores supremos en la jerarquía de las normas que deben regir la conducta humana. No lo prostituyamos a un sentimentalismo vulgar o a una intención política o demagógica. Los que tal hacen, no sólo invierten el orden de los valores humanos, sino que atentan contra la salud física y espiritual de la Nación. La tradición argentina de la familia ha dado mejores resultados que la de otros países que han roto prematuramente la estabilidad del matrimonio. La suma de felicidad está en definitiva ligada al respeto de los valores humanos. Y, a juzgar por las estadísticas, no puede, en manera alguna, afirmarse que han alcanzado más felicidad social los pueblos en que se ha implantado el divorcio, que aquellos que mantienen la perpetua estabilidad de la unión conyugal.